MANIFIESTO A FAVOR DEL DÍA MUNDIAL DE LA SALUD ESPIRITUAL

Todas las personas hemos tenido o tendremos, en algún momento de la vida, la necesidad de parar y preguntarnos: ¿Quién soy? ¿Qué da sentido a mi vida? ¿Qué me sostiene cuando todo tiembla?

Son preguntas que no admiten una respuesta fácil ni rápida, pero son necesarias para entendernos, para saber hacia dónde vamos, para encontrar lo que necesitamos para continuar.

Este tipo de preguntas que buscan encontrar significado al mundo y a nosotros mismos han condicionado la evolución del ser humano y su forma de comprender el devenir y lo que nos rodea a lo largo de la historia. Sabemos que ya se las formulaban nuestros antepasados, han traspasado culturas, etnias, pueblos y generaciones, recordándonos que, aparte de todo lo que nos diferencia, las personas compartimos una misma necesidad: encontrar significado, sentido, propósito y conexión con nosotros mismos, con los demás y con el mundo.

Vivimos en una era en la que tenemos a nuestro alcance más conocimiento y recursos que ninguna otra generación anterior. Hemos sido capaces de explorar el espacio para conocer el universo, de crear biotecnología y avanzar en genética para secuenciar el ADN, de hacer llegar la electricidad a gran parte del planeta y de crear telecomunicaciones que nos permiten ser globales; y hemos creado la inteligencia artificial que nos ha abierto nuevas posibilidades. Sin embargo, hay personas que sufren, que sienten una soledad profunda, que experimentan una desorientación silenciosa y una dificultad creciente en medio del ruido, de todo lo que les rodea. Hemos multiplicado nuestra capacidad de producir, de comunicarnos, de estar conectados y de avanzar en el progreso de la sociedad, pero a menudo nos cuesta encontrar espacios para escucharnos, para detenernos, para recordar lo que da valor real a nuestra existencia. Más información no ha implicado mayor comprensión. Más conexión global no ha implicado mayor proximidad.

Los grandes desafíos de nuestro tiempo, sociales, sanitarios, ambientales y humanos, nos recuerdan con urgencia que el bienestar no depende únicamente del progreso material. También importa lo trascendente. Por eso necesitamos disponer de espacios para la reflexión, la contemplación, la pertenencia y la búsqueda de significado. Asimismo, es imprescindible recuperar la capacidad de maravillarnos, de reconocer la belleza de las pequeñas cosas, de cuidar los vínculos y de vivir de acuerdo con lo que consideramos verdaderamente importante y valioso.

Por este motivo hoy hacemos público este manifiesto para pedir que se reconozca algo que siempre ha estado aquí, pero que demasiado a menudo ha quedado oculto detrás de los valores materiales, las prisas del día a día y el ruido de un mundo que no para de girar: la dimensión espiritual. Es una esfera del ser humano que contribuye a integrar y dar coherencia a las dimensiones física, emocional y social y se convierte en una realidad universal e inherente a toda persona.

La espiritualidad es la forma en que las personas buscamos sentido, establecemos

conexiones significativas y experimentamos fuerza interior. Es la dimensión que nos invita a preguntarnos no solo cómo vivimos, sino también por qué vivimos. Cuando esta dimensión es reconocida, cultivada e integrada contribuye al bienestar global de las personas y comunidades. Esto es lo que entendemos por salud espiritual.

En este contexto, proponemos un enfoque laico, ético y salutogénico. Entendemos la salud espiritual desde una perspectiva laica, una dimensión innata a todo ser humano, que no pertenece a ninguna cultura, religión, filosofía o tradición concreta. Es un patrimonio compartido de la humanidad. Puede expresarse de formas muy diversas: a través de creencias religiosas, de convicciones personales, del arte, de la contemplación, del servicio a los demás, de la búsqueda interior o de la generación de vínculos.

Desde un punto de vista ético, la salud espiritual implica la capacidad de las personas para orientar sus vidas de acuerdo con la escala de valores y principios que promueven la idea de bien. Está vinculada al desarrollo de la compasión, la responsabilidad, la justicia, la solidaridad y el respeto por la vida en todas sus formas. Contribuye a la construcción de sociedades más equitativas, compasivas e inclusivas; más humanas, en definitiva.

Además, adoptamos y defendemos una mirada salutogénica, centrada tanto en la prevención o el tratamiento del sufrimiento como en la promoción activa de los factores que generan salud y bienestar.

Defendemos una sociedad que tenga en cuenta la salud espiritual, no solo para curar el sufrimiento, sino para aspirar a vivir la vida con propósito; que permita añadir plenitud a los años de vida; que favorezca la conexión con los demás; que ayude a las personas a sentirse profundamente comprometidas y a sentir que se las tiene en cuenta.

Por todo ello, pedimos que el 21 de junio sea proclamado Día Internacional de la Salud Espiritual. Pedimos la inclusión explícita de la atención de la dimensión espiritual en las políticas de salud, educación y derechos sociales, desde un enfoque basado en la evidencia científica, ética e inclusiva, además de ser dicha atención más respetuosa con la diversidad humana y su riqueza cultural.

Por este motivo, invitamos a personas, instituciones, organizaciones, sociedades científicas, comunidades y administraciones de todo el mundo a sumarse a esta iniciativa.

Imaginemos un mundo en el que la salud sea entendida de forma integral. Un mundo que cuide no solo de lo que las personas tienen, sino también de lo que son; que reconozca el valor de la interioridad y la trascendencia, de los vínculos humanos, de la compasión y de la búsqueda de significado; y que sea capaz de generar comunidades más conscientes, humanizadas, inclusivas y comprometidas con la dignidad inviolable de cada persona.

Porque toda persona tiene derecho a encontrar significado, esperanza y vínculos a lo largo de su vida, hacemos un llamamiento a cuidar nuestra capacidad de maravillarnos, de dar significado a lo que vivimos, de crear vínculos que resistan la tormenta, de sentir esperanza cuando todo parece incierto, de reconocer la dignidad de cada persona que encontramos a lo largo del camino.

Porque las sociedades no se construyen únicamente con conocimiento, recursos y tecnología. También se construyen con propósito, sentido de vida, compasión y esperanza. Porque cuando las personas encuentran sentido, descubren la fuerza para seguir adelante. Cuando encuentran esperanza, imaginan un futuro mejor. Y cuando se reconectan con lo esencial, se vuelven capaces de transformarse a sí mismas, de cuidar a los demás y de contribuir a un mundo más humano y mejor.

Esta es una invitación global. Un llamamiento universal por un compromiso compartido.

Salud espiritual, una experiencia humana.

Spiritual Health, a Human Experience.